

Violencia y alcohol

Diego Moreira

Un adolescente de rasgos aindiados, entreabrió la puerta del consultorio. El analista permaneció en silencio. Sin alzar los ojos del piso, Ernesto de 13 años dijo con voz áspera y ronca: “Yo soy alérgico, me salen ronchas en las piernas, cada dos por tres me pican los pies y las rodillas, como si me hubieran picado mosquitos o algo por el estilo”. Hubo un silencio, ya en el escritorio, agregó: “Dormido, tengo sueños con escenas de guerra, y de pronto me despierto, sé que es una pesadilla. Pienso entonces: Éste es un sueño, es sólo un sueño”.

Su padre, Julio (33 años), fue llevado a Malvinas, en época de la guerra. Tuvo como destino el área de Ganso Verde. Fue herido, en la noche del 11 de junio por un comando inglés -de uniforme desabrochado- perteneciente al cuerpo de paracaidistas (boina roja) según su decir, en uno de los frecuentes ataques por ocupar esa posición. Un golpe violento le había roto una pierna. De ese momento sólo recuerda los estruendos y ruidos del encarnizado combate, algunas voces de mando, luego el vértigo y su inmovilidad. Fue trasladado a un hospital de campaña. Ya en el continente, se enamora de Patricia, la enfermera que le prestaba sus auxilios. Comienzan a salir, ella queda embarazada y deciden casarse. Patricia tiene mellizos, pero en el parto sufre un paro cardíaco que la conduce a la muerte. Julio se queda solo con sus hijos. Sufre de pesadillas y ante ruidos sorprendidos o fuertes se arroja rápidamente al suelo. Según su hijo, no puede dejar de contar historias de la guerra. Está inmerso en una ingesta sin freno de alcohol, que comparte con Luis, un excombatiente (y con Ernesto). Luis fue tomado prisionero “en uno de los bolsones de resistencia” que se formaron al establecer los británicos una cabecera de playa en Puerto San Carlos. Sufre un principio de congelamiento al ser capturado. Luego de ser atendido fue devuelto a las tropas argentinas, quienes lo confinaron en el perímetro irregular de un campamento aséptico, donde era interrogado diariamente por psicólogos. Las autoridades propias suponían que poseía información sobre la Marina Real, por lo cual los psicólogos lo sometían a una especie de “interrogatorio terapéutico” con singular pasión. En vano propuso su desconocimiento.

Presentado brevemente el caso, creo que cabe recuperar algunas puntualizaciones de Freud sobre el alcoholismo y la violencia, ligados a los efectos del desamparo material [peligro real] y del desamparo anímico [peligro pulsional] al que estuvieron expuestos padres e hijos al ser duramente castigados por la guerra. En 1895, [“Crítica de la Neurosis de angustia”], Freud nos dice que los efectos del alcohol responden a una causación por acumulación y que por lo tanto se requiere de un determinado período, para que la etiología en juego “*absorbida en su trabajo*”, se manifieste. En el mismo año [manuscrito H, Paranoia], relaciona el delirio de celos y una supuesta culpabilidad de la mujer con la impotencia del alcohólico, aclarando que el alcohólico puede tolerar la bebida pero no la comprensión de la relación entre el etílico y su impotencia. Dos años después, en la carta 79, considera la adicción al alcohol como un sustituto y reemplazo de un autoerotismo particular. En 1899, liga la problemática adictiva a las vicisitudes del deseo homosexual.

Luego en *“El chiste y su relación con lo inconsciente”* de 1905, afirma que este “veneno” modifica el estado de ánimo del sujeto. Se trata de un buen humor que emerge como efecto del estado tóxico [endógeno]; el pensamiento crítico se perturba, lo que permite que el individuo pueda acceder a fuentes de placer prohibidas. Así nos encontramos que mientras este buen humor se impone, disminuyen las cualidades que el chiste exige para constituirse como tal y desde luego la coerción lógica tiende a desaparecer: “el adulto se convierte nuevamente en niño”.

En *“Tres ensayos”*, Freud establece cierta analogía entre los estados de intoxicación y abstinencia derivados de la ingesta [adictiva], con las neurosis que implican perturbaciones de la vida sexual. En realidad vamos a considerar el alcoholismo como efecto de un fragmento tóxico generado por cierta estasis libidinal, al cual se le agrega un fragmento persecutorio, de carácter celotípico, como es precisado por Freud en el “Caso Schreber” de 1911, implicando una serie de frases y su respectiva contradicción, que deriva en la acusación de infidelidad de la mujer con los hombres que él desea. La repulsa a dicho amor puede derivar en episodios de violencia. Al respecto recordemos los insultos de Schreber a una variedad de personas que supuestamente lo perseguían entre las que se encontraba su ex-médico Flechsig [“el *pequeño Flechsig*” según su decir], al que consideraba un “asesino de almas”.

En relación al fragmento tóxico, puedo decir que se enlaza con un núcleo traumático del cual deriva la pesadilla [en el ejemplo clínico, tenemos las del padre e hijo], mediante la que se trata de ligar una vivencia padecida a un monto de angustia que no se desprendió en su momento, por lo cual falló la anticipación al trauma. En la pesadilla, el sueño no puede cumplir su función de proteger el dormir, sino que más bien se interrumpe la escena onírica en aquellos lugares donde la vivencia traumática no tuvo inscripción. Se requiere entonces del despertar. El trauma no puede ser elaborado mediante el recurso a los actos anímicos, ya sean pensamiento y/o afectos. En realidad, lo que intenta ser tramitado vía pesadilla es sólo un segmento del núcleo no vivenciado. Otro sector del mismo implica un dejarse morir, que se manifiesta como un sopor abúlico, que puede incluir una cierta actividad en un despertar violento en el cual se privilegia una conciencia automática. Se trata de individuos que pueden oscilar entre una retracción inerte y una restitución violenta. Podríamos decir que Julio, en perpetua guerra con su hijo, derivaba una angustia no sentida en violencia [insultos y golpes] a la par que ambos se abandonaban a una ingesta de alcohol desmesurada.

El despertar violento ligado a la interrupción del sueño, nos lleva a preguntarnos por su relación. En la *“Interpretación de los sueños”*, Freud se interroga acerca del valor ético de los deseos reprimidos y recuerda a un emperador romano que hizo matar a un súbdito por que soñó que lo asesinaba. Considera dicha acción como un error, puesto que el emperador no tuvo en cuenta la significación del sueño. Probablemente esta no coincidiese con el contenido manifiesto. Aún cuando el deseo hubiera sido criminal, tendría que haber recordado las palabras de Platón: “*el hombre virtuoso se contenta con soñar lo que el perverso realiza en la vida*”. Lo cual marca una apreciable diferencia entre la realidad anímica de los sueños y la realidad material. Recordemos que hijo y padre, no podían desplegar las escenas oníricas.

El análisis de los sueños, precisamente, llevó a Freud a considerar una leyenda antigua, que encuentra su origen en temas oníricos y que hechiza a los hombres por su proyección sobre el desarrollo de la humanidad. Me refiero al drama de Sófocles, *“Edipo*

Rey”, cuyas vicisitudes no son ajenas al alcohol. Un oráculo había anticipado a Layo de Tebas, que un hijo nacido de Yocasta lo mataría. Abandonado en el monte Citerón, Edipo [pies hinchados] fue recogido por pastores y adoptado por los reyes de Corinto: Pólipo y Mérope, quienes no podían tener hijos. Al llegar a la adolescencia, un borracho puso de manifiesto su procedencia. Edipo en busca de su verdadero origen, interrogó a un oráculo [el santuario de Apolo Pitón, en Delfos] que le predijo que su destino era matar a su padre y casarse con su madre, por lo cual le sugirió que no regresase a su patria. Huyó de Corinto, pensando que era su ciudad natal y en una encrucijada de tres caminos, se encontró con Layo a quien dio muerte, luego de una disputa por un problema de prioridad de paso. En las cercanías de Tebas, resolvió el enigma de la Esfinge [según una versión de Pausanias, la Esfinge era una hija bastarda de Layo]. En recompensa, la población de Tebas le concedió la corona y la mano de la reina Yocasta, recuperando de esta manera su linaje y trono, pero también su destino trágico en un amor mortífero. Con su madre y esposa tuvo dos hijos y dos hijas: Antígona, Polinices, Eteocles e Ismena. Tiempo después, afectada la ciudad de Tebas por una peste, que genera sequía y muerte, sus habitantes consultaron al oráculo. Éste afirma que la peste encontrará su término cuando el asesino de Layo sea excluido del territorio nacional. La tragedia se despliega en la retardada pero minuciosa investigación [comparable al de un análisis, nos dice Freud] que descubre en Edipo al asesino de su padre y al amante de su madre. Yocasta se suicida ahorcándose con una bufanda, muerte que anticipa tiempo después el ahorcamiento de su hija Antígona con una bufanda de lino. Horrorizado, en un pasaje al acto, Edipo se hiere los ojos con los broches de oro de su madre y parte al destierro. El destino fatal expresado en las palabras del oráculo se ha llevado a cabo. El odio y la violencia hacia el padre se encuentran aquí íntimamente enlazados al desprendimiento de celos. Las vicisitudes de Edipo bien podrían haber sido las nuestras como portadores de los mismos deseos. Indudablemente el psicoanálisis y la tragedia griega se interceptan en diversos lugares.

Freud [carta 71. 15-10-97] nos dice que *“También en mí comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia, aunque no siempre ocurren tan prematuramente como en aquellos niños que han devenido histéricos. (Similitud con la «novela genealógica» de la paranoia: héroes, fundadores de religiones.) ”*. En 1911, al trabajar la paranoia se ocupa de los celos delirantes de los alcohólicos [hombres y mujeres], los que no son ajenos al goce en la violencia. En ellos se contradice al sujeto como derivado de la sobreinvertidura de una posición homosexual no aceptada. En 1922 se ocupa nuevamente de los celos, discriminando, en los sumamente intensos, tres estratos: a) celos normales, b) celos proyectados, c) celos delirantes. Nuevamente, estos últimos son enlazados a la homosexualidad y a la paranoia. Considerando que, cuando están presentes los celos delirantes, habitualmente se encuentran los tres estamentos de celos citados. Este delirio suele ser acompañado de ciertos afectos como la envidia y la humillación. La articulación de dichos sentimientos genera tal dolor, que se intenta atenuarlos con la ingesta de alcohol. Dicho de otra manera, la violencia generada por el delirio intenta ser moderada por el alcohol. Descriptivamente se suele observar lo inverso de lo dicho; cómo la ingesta acentúa el delirio, lo cual implica un cambio de signo en el sustituto. El alcohol, cuya función primera es atenuar el delirio y el dolor, en un segundo momento cambia, convirtiéndose en mensajero de aquello de lo cual se fugaba. El acto violento y criminal en ocasiones se enlaza a este componente delirante. Cabe agregar que el alcohol y/o la cocaína suelen estar

presentes, en función de ciertos efectos que generan como el aturdimiento y la desinhibición, los cuales expresan un intento por despojarse de los afectos y pensamientos delirantes. En 1922[b], Freud propone los complejos fraterno y edípico como soporte del desarrollo de los celos. Maldivsky considera que cuando se da el pasaje del delirio a la supresión anímica con alteración somática al estilo de las adicciones, es necesario considerar también, un intenso apego incestuoso ligado en muchas ocasiones a un vivenciar promiscuo, que encierra al paciente en una posición paradójica de exclusión.

Retomando la leyenda de nuestro héroe trágico [Edipo], encontramos cómo la violencia hacia el progenitor tiene como destino el automaltrato, la violencia sobre el propio yo, como expresión de un esfuerzo de autodestrucción. Como sabemos este automaltrato conforma una serie cuyos extremos están dados por diversas modalidades de violencia, incluyendo los accidentes y el suicidio. Recordemos que los accidentes son considerados por Freud (1901) como la hábil y encubierta utilización de un peligro, que es presentado como una desgracia contingente [suicidio inconsciente]. Los daños autogenerados se constituyen como una transacción entre las pulsiones autodestructivas y el esfuerzo que aún conserva de la pulsión de vida, logrando algunos individuos llegar a generar su propia muerte. Freud narra el caso de un militar que se hiere gravemente al participar en una carrera de caballos. La conducta previa al accidente, se caracterizaba por un acentuado estado de tristeza, llanto, cansancio de la vida y deseos de retirarse de la vida militar activa. Incluso en los instantes previos a la carrera había sido invadido por un oscuro presentimiento. Tal situación anímica se enlazaba a la muerte de su madre, con quien había mantenido una estrecha relación. En los casos de deseos de suicidio conscientes se suele gestionar el momento, los recursos y las circunstancias apropiadas. En *Tótem y Tabú* [1912/13], Freud considera que el deseo suicida se enlaza a una especie de autocastigo, por sus deseos de matar a otros individuos. También es necesario considerar una alteración de las pulsiones de autoconservación afectadas por la pulsión de muerte (Freud, 1940a). El suicidio implica no un morir del sujeto mediante rodeos, a su manera, como exige la autoconservación, sino un morir a la manera ajena. Otra posibilidad se suele desplegar en las patologías tóxicas, como un dejarse morir activo, caracterizado por un proceso de aceleración en la descomplejización de la tensión vital regulada por la homeorrhesis.

También en *Tótem y Tabú*, Freud retoma el mito de Edipo y una vez más enlaza todo el género humano con un crimen primordial y con su repetición. Considera que el Complejo de Edipo admite una historia de desarrollo, que paso a relatar. El hombre primitivo vivía en pequeñas hordas que respondían a los mandatos de un jefe absoluto y despótico, hasta que los hijos, en una particular alianza o complot, decidieron y consumaron su crimen. De esta manera se constituyó el asesinato más antiguo de la humanidad. Las primeras ataduras sociales, normas morales y formas de la religión totémica y las siguientes, se constituyen como un intento de expiar el crimen cometido y de repetir dicho acto de una manera diferente. Cabe precisar que la situación de inseguridad vital posibilitó la unión de los hombres. La sociedad así constituida determinó la prohibición de matar, reservándose el poder del castigo y la justicia.

En tiempos posteriores, la familia se configuró como una reproducción de la horda primitiva, recuperando el padre un fragmento de los antiguos privilegios y derechos. En las familias violentas [incestuosas], la distancia entre el padre de familia y el padre de la horda primitiva se pierde o no se constituye y con ella la necesidad religiosa y el amor filial. La

violencia suele implicar un estallido de furia, que pretende abolir toda tensión vital y que se articula con una intrusión desbordante sobre la intimidad de los miembros de la familia. La subjetividad y la conciencia suelen constituirse en víctimas transitorias o permanentes de tales ataques signados en muchas ocasiones por la venganza y un oscuro sentimiento de envidia. Con respecto a la envidia, puedo agregar que se trata de la tramitación muda de la hostilidad vía percepción y no tanto de la motricidad (mirada envidiosa). Los crímenes sin freno entre individuos singulares derivados de la horda primitiva, fueron sustituidos por enfrentamientos interfamiliares, que aún perduran de manera limitada en ciertas regiones, o bien por pugnas entre clases sociales. En la actualidad, estos conflictos se despliegan fundamentalmente entre naciones aisladas o bien unidas en alianzas particulares.

“En Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte” Freud (1915), nos dice que la historia universal que se suele enseñar en los colegios, “no es en lo esencial, más que una serie de asesinatos de pueblos”, agregando que el privilegio del mandamiento que prohíbe matar, nos muestra un intenso deseo por el crimen, de tal manera que “nos ofrece la seguridad de que descendemos de una larguísima serie de generaciones de asesinos, que llevaban el placer de matar, como quizá aún nosotros mismos”. Pero estas disquisiciones promueven un interrogante sobre la cuestión ética. Freud afirma en el mismo artículo, que las aspiraciones éticas derivan de la historia del hombre, que en el transcurso del tiempo han devenido en escrituras de “herencia” variando dicha inscripción y activación de manera considerable de un individuo a otro. Dicho de otra manera, la formación y consolidación de las barreras éticas [y también de las estéticas] en el yo se enlazan a la historia del desarrollo [del Complejo de Edipo]. Dicha ética en su diversidad íntimamente ligada a las vicisitudes de la subjetividad, suele ser puesta en jaque [en su forma y contenido] por una voluptuosidad no acotada. Cabe precisar que el imperativo “no matarás”, se constituye en relación al cadáver de un ser querido (familiar), luego se extiende al extraño y finalmente al enemigo (de una manera muy particular y lábil en muchos casos), imponiéndose esta exigencia como una reacción ante la profunda satisfacción de la hostilidad. La formación de la teoría del alma (como doble del propio yo), la noción de inmortalidad y la culpabilidad encuentran un origen semejante.

Posteriormente, en “*Pegan a un niño*” [1919], Freud se ocupa de las fantasías de maltrato y flagelación, en el contexto de sus investigaciones sobre la génesis de las perversiones, fundamentalmente, del masoquismo. En las tramitaciones del desarrollo, tal posición [masoquista] puede caer bajo los efectos de la represión, ser transmutada vía sublimación o formación reactiva. En otras circunstancias puede desplegarse sin mayores modificaciones incidiendo en el mundo exterior. Recordemos que se trata de una fantasía infantil, que implica un cierto desenlace identificatorio, de representaciones, de movimientos y afectos en el contexto del complejo de Edipo y del complejo fraterno. El vivenciar contingente [golpes, maltrato, humillaciones] sólo cobra eficacia en tanto se enlaza a un lenguaje del erotismo específico, o dicho de otra manera, a una lógica derivada de la actividad pulsional.

En “*Más allá del principio del placer*” [1920], el maltrato y la violencia se enlazan a la pulsión más pulsionante de todas, el afán de muerte, con el cual cobra privilegio el principio de inercia y un reordenamiento conceptual del masoquismo erógeno y del sadismo. La pulsión de vida genera una tensión vital que resiste a la muerte. Posibilita la unión de lo que en parte es diferente. La pulsión de muerte tiende a derivar los sistemas vivientes, homeorréticos, en homeostáticos, monótonos y uniformes. Tres años después,

Freud considera conceptualmente una estructura que concilia el afán pulsional y las exigencias de la realidad en el contenido y forma del superyó, más precisamente de sus ideales. La pulsión de muerte se fija en el yo, mortificando [a veces con crueldad], algunos de sus fragmentos. La agresión se divide en dos segmentos, uno dirigido hacia el exterior y otro que persiste en el interior del individuo cobrando eficacia como autodestrucción, “... hasta que concluye por matar al individuo, quizá sólo una vez que su libido se haya consumido o se haya fijado en alguna forma desventajosa. Así, en términos generales, cabe aceptar que el individuo muere por sus conflictos internos, mientras que la especie perece en su lucha estéril contra el mundo exterior, cuando éste se modifica de manera tal que ya no puede ser enfrentado con las adaptaciones adquiridas por la especie” [Freud, 1940a]. Cabe agregar, que las defensas pueden desplegarse ante esta instancia. Tal es el caso de las melancolías, donde la desestimación afecta una de las funciones del superyó: la formación de ideales. En estas patologías el superyó se constituye en un lugar de condensación de la pulsión de muerte.

En 1928 [b] Freud retoma su antigua idea del autoerotismo en las adicciones y la relaciona con la intensa pasión de Dostoievsky por los juegos de azar. Dicho estado tóxico se complementa con otra corriente anímica que se manifiesta en el contenido de sus escritos, en los cuales se suele privilegiar la violencia y el maltrato al estilo de “*Los Hermanos Karamazov*”, donde la escena edípica cobra relevancia en la disputa entre padre e hijo por la mujer deseada y en el posterior asesinato del viejo Karamazov. Otro segmento anímico pone en práctica alguna de estas inclinaciones consigo mismo y con el mundo exterior a partir de su irritabilidad e intolerancia. Desde luego, no podemos dejar de lado el segmento epiléptico diferente, pero enlazado al estado adictivo. Dos años después, en el “*Malestar en la Cultura*” Freud nos dice que es necesario atribuir al individuo una cuota de agresividad, “En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar la fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo”.

Estas reflexiones me permiten retomar el nexo entre derecho y poder propuesto por Freud en 1932. Considera que el término “poder” puede ser sustituido adecuadamente por el de “violencia”, de esta última se desprende y desarrolla el derecho. Afirma que los conflictos de intereses en un comienzo se resuelven mediante el recurso a la violencia. En la horda primitiva, la fuerza muscular era sumamente privilegiada. Cuando aparecen las armas, la fuerza muscular comienza a ser sustituida por el pensamiento [la destreza en el manejo de los instrumentos o la habilidad para hacerse de ellos]. El propósito pulsional de matar al enemigo encuentra su freno en la necesidad de utilizarlo con un fin específico. Entonces se lo domina y amedrenta en lugar de eliminarlo. A partir de este momento el vencedor será acechado por el deseo de venganza del vencido. El pasaje de la violencia al derecho implicó la unión de los más débiles que, en conjunto podían oponerse al más fuerte. El derecho aparece como el poder de una comunidad [de intereses], y la violencia es hegemonizada por ella. Es necesario precisar, que este pasaje al derecho exige que la mencionada unión debe persistir en el tiempo, por lo que es imprescindible que se desplieguen ligazones de sentimiento [duraderas] entre los miembros de la comunidad. Sin embargo, en el interior de la comunidad nos encontramos desde un principio, con sectores con poderes diferentes [varones, mujeres, padres e hijos, entre otros] por lo cual el derecho de la comunidad es un derecho desigual. Dicho de otra manera, es la expresión de las

relaciones de poder que puján en su interior. Entonces tenemos que este derecho tuvo su inicio en la violencia y aún hoy necesita de ella. Al respecto, en el *Seminario 20 [Aún]* Lacan nos dice que “en el fondo, el derecho habla [del] goce” y cuya esencia reside en “repartir, distribuir, retribuir, lo que toca al goce”.

La complejización cultural que nos tiene como protagonistas, posibilita modificaciones anímicas que por una parte limitan el goce o la satisfacción pulsional y por otra desplazan y transmutan las metas de la pulsión. Este proceso determina un refinamiento de la capacidad intelectual, a la par que un trabajo de interiorización de la agresión, que en el transcurso de las generaciones deriva en una intolerancia constitucional que promueve el rechazo de la agresión. La cultura se opone a la violencia.

Recordemos que la meta de la pulsión de vida, implica la generación de nuevas unidades. Esta pulsión está formada por el esfuerzo de diversas pulsiones. De todos ellos, solamente voy a retomar a dos: los destinos de la pulsión sexual que en su tramitación constituye la cultura, y las vicisitudes de la pulsión de autoconservación, que en su afán posibilita la formación del modo de producción de la vida material y la enajenación del sujeto en su producto [el trabajo] (Marx, 1844). La economía pulsional posibilita dos excedentes de producción, el plus de goce y la plus valía. La pulsión de muerte altera el principio del placer y el de constancia, generando una inversión en la lógica de la pulsión sexual y de la autoconservación que se enlaza en el sujeto a una búsqueda frenética de ganancias en tiempos cada vez más breves y, en cuya toxicidad, se despliegan los procesos de violencia individual y social que eclipsan el orden de la cualidad [cultura y producción], destruyendo un tiempo y un espacio vital de carácter público, social, privado e íntimo.

Resumen :

El presente trabajo articula la problemática de la violencia en sus diferentes exteriorizaciones con indagaciones metapsicológicas. Dicho recorrido parte de las manifestaciones clínicas de Ernesto, un púber de 13 años, afectado por problemas adictivos, psicósomáticos y ciertos estallidos de violencia. De su historia se rescatan fundamentalmente las vicisitudes de sus padres que participaron en la guerra de Malvinas. A partir de tal situación se recuperan algunas puntualizaciones de Freud sobre el alcoholismo y también sobre los efectos del desamparo material [peligro real] y del desamparo anímico [peligro pulsional] al que estuvieron expuestos padres e hijo. Con respecto a la adicción, se considera una cierta estasis libidinal, a la que se le agrega un fragmento anímico persecutorio de carácter celotípico, al cual se asocian las exteriorizaciones violentas. Posteriormente se analizan brevemente diferentes destinos del goce en la violencia y su enlace a la cuestión ética.

Summary

The present paper links the problem of violence in its different expressions to metapsychological investigations. This search starts with the clinical evidence of a thirteen year old boy, who had addictive, psychosomatic problems and violent outbursts.

His parents experiences at the Malvinas Island's War, are herein recovered. From then on father and son suffered alcoholism and also what Freud calls the effects of both material helplessness (real danger) and psychic helplessness (drive danger).

Regarding the addiction a certain libido stasis has to be considered, as well as an animic paranoid fragment of a jealous nature, to which violent outbursts can be associated.

Finally different paths that joy takes in violence and their link to the ethical issue, are briefly examined.

Résumé

Le présent travail articule la problématique de la violence dans ses différents extériorisations avec des recherches métapsychologiques. Ce parcours part des manifestations cliniques d'Ernesto, un puber de 13 ans, affecté par des problèmes des addictions, troubles psychosomatiques et certains éclats de violence. De son histoire on reprend fondamentalement celle des parents qui ont participé dans la guerre de Malvinas- A partir de telle situation on récupère certaines précisions de Freud sur l'alcoolisme et aussi sur les effets de la détresse matérielle (danger réel) et la détresse animique (danger pulsionnel) à laquelle père et enfant ont été exposés. Par rapport à l'addiction, on analyse une certaine stase de la libido, à laquelle on ajoute un fragment animique paranoïaque, celotypique, auquel on associe les extériorisations violentes. Postérieurement on analyse brièvement des différents destins de la jouissance dans la violence et sa liaison à la question éthique-

Bibliografía

Freud S. *Obras completas*

Lacan J. (1966) *Escritos I - Siglo XXI*

Lacan J. (1966) *Escritos II - Siglo XXI*

Maldavsky D. (1992) *Teoría y clínica de los procesos tóxicos - AE.*

— (1992) Letra: proceso pulsional y lógicas institucionales, en *Revista de Psicoanálisis XXI.*

Marx C. (1844) *Manuscritos Económicos Filosóficos.* Fondo de C. Económica.

Moreira D. (1995) *Psicopatología y lenguaje en Psicoanálisis - Homo Sapiens*